

de describir cada planta conforme á la realidad. También aplicó al asunto su antiguo amor idílico á la naturaleza, recuerdos del Mediodía, un retorno á las ternuras de su adolescencia por la vida campestre. No se olviden las largas caminatas del colegial de Aix, con sus dos inseparables Cézanne y Baille. Diez y seis años más tarde, el recuerdo de la hacienda «Galice» entre Aix y Roquefavour, inspirará al novelista la pintura del *Paradou*.

Para *Su Excelencia Eugenio Rougon*, sexta obra de la serie, Zola tuvo que ejercitar de nuevo todas sus facultades adivinatorias. El mundo habitual del segundo Imperio era aún más desconocido para él que el mundo agiotista de *La Ralea*. Pintar la corte imperial en Compiègne, cuando nunca se han puesto allí los pies, mostrar un consejo de ministros, sacar á la escena un presidente del Consejo, hacer hablar á Napoleón III, todo esto hallábase erizado de dificultades. Diez y ocho meses de crónica parlamentaria en *La Campana*, donde había dado cuenta de las sesiones de la Asamblea nacional, le sirvieron de mucho. Respecto á Compiègne en particular, casi todo se lo proporcionó un libro muy documentado: *Recuerdos de un ayuda de cámara*.

Gustavo Flaubert, uno de los antiguos invitados á las famosas suarés, le refirió también ciertos detalles típicos, no sólo acerca de la residencia imperial, sino acerca del emperador mismo, su aspecto físico, su clase de ingenio, su modo de hablar, de andar, etc. Para el capítulo en que se describe el bautizo del príncipe imperial, el novelista tuvo que andar largo tiempo á la rebusca de documentos. El *Moniteur* de la época contenía algunos detalles, pero no todos. Por ejemplo, respecto á las calles demolidas, ¿cómo no cometer anacronismos? Según dice Carlos Baudelaire.

París viejo se va: nuestras ciudades
Se transforman aun antes que nosotros.

A veinte años de distancia, es ya muy difícil reconstituir un horizonte parisiense con alguna exactitud. En cuanto á los personajes de *Su Excelencia Eugenio Rougon*, como más tarde respecto á los de *Nana*, se ha pretendido dar diversas claves; pero salvo en lo que atañe al duque de Marsy, de quien realmente quiso el autor hacer un duque de Morny, todas las demás suposiciones son erróneas. Así, nadie querrá creer que el nombre de Euge-

nio Rougon no se haya elegido de propósito para indicar de una manera transparente á M. Eugenio Rouher. Y, sin embargo, no hay nada de eso. He aquí la verdad exacta: el nombre de Eugenio Rougon estaba adoptado desde 1868, época en que se hizo el plan de la serie. Cuando eligió el apellido Rougon para juntarlo con el de Macquart, Zola en lo que menos pensaba era en M. Rouher; únicamente se decidió por «Rougon» porque este apellido, muy común en Provenza, lugar originario de la familia, le parecía eufónico y fácil de retener en la memoria. Por otra parte, habiendo tenido Pedro, el primero de los Rougon, cinco hijos en su matrimonio con Felicidad Puech, y habiendo recibido el nombre de Eugenio en los primeros tomos aquel de los cinco de quien más tarde quiso el autor hacer un ministro, no hubo más remedio que conservarle el nombre de pila. Siendo este un hecho consumado, cuando siete años más tarde se dedicó el novelista á delinear su personaje, confieso que tomó de la realidad, es decir, del exministro M. Rouher, dos ó tres pormenores, verbigracia, la actitud del viceemperador en la tribuna, su manera de combatir los argumentos de la oposición,

su manía de solazarse en tener salidas y decir cosas ingeniosas. Pero aparte de estos dos ó tres puntos, más bien creo que el novelista se ha retratado á sí propio en el carácter del ministro. Eugenio Rougon, ese hombre casto que huye de la mujer y ama el poder intelectualmente, menos por las ventajas que el poder concede que como una manifestación de su propia fuerza, Eugenio Rougon es para mí Emilio Zola ministro; es decir, el ensueño de lo que pudo ser si hubiese aplicado su ambición á la política.

El éxito de *Su Excelencia Eugenio Rougon*, lo mismo que el de las novelas anteriores, no correspondió á las esperanzas del ambicioso literato. Sin embargo, era el sexto de la serie; y seis tomos forman ya torre. Los primeros tuvieron al principio dos ediciones de venta; del sexto se vendieron tal vez una ó dos ediciones más; aparte de eso, la aparición de cada nueva obra daba salida á algunos centenares de las anteriores. Ciertamente, M. Charpentier no perdía dinero; la serie iba llegando á ser un buen negocio de librería. Sólo que en el público no había pasión; nada de arrebatárselas de las manos. En los periódicos, no diré que existiese una conspiración del si-

lencio, sino indiferencia, inclinación general á ocuparse de cualquiera otra cosa que no fuese crítica literaria, despegado por el arte asfixiado entre el barullo político. Sin embargo, de tarde en tarde un desesperado ladrido de Barbey d'Aureville, ó bien, en *Le Siècle*, algún estudio, cortés pero de poco alcance, de Carlos Bigot, tratando muy por encima el asunto. Todo ello era un mezquino resultado, después de seis obras que representaban más de seis años de trabajo excesivo, una suma de esfuerzos que asombra. ¡Soñar con llegar en literatura á capitán general, y quedarse de capitán á secas! Tal era el estado de ánimo del autor de los *Rougon-Macquart*.

¡Y decir que ese triunfo, que no llegaba en Francia, comenzaba, no obstante, á asomar en el extranjero, en Rusia; decir que quizá bastaría la circunstancia más leve para determinarlo! El menor azar feliz pudiera ser la chispa que prende fuego á la pólvora.

En cuanto al novelista, lejos de desalentarse por lo despacio que llegaba al buen éxito, hizo lo que en tales casos hacen los fuertes. Llegado que hubo el verano, marchóse con su mujer y su madre á pasar tres meses en Saint-

Aubin; allí, frente al Océano, se dedicó á buscar el plan de *La Taberna*.

Yo había ido á verle á la casita que alquiló. Una tarde, sentados ambos en la arena de la playa, hablábamos contemplando las olas. Hacía un tiempo sereno, y nuestra conversación iba y venía, á ratos, de los esplendores del espectáculo que teníamos á la vista á las dificultades del próximo libro que deseaba emprender. Este libro, un gran estudio acerca del pueblo de los arrabales parisienses, era una antigua idea largo tiempo acariciada y que por fin contaba poner por obra. ¡Conocía tan bien al pueblo! De niño, durante un viaje á Paris, ¿no había pasado algunas semanas en casa de un pariente que era obrero, en uno de esos caserones poblados de hogares pobres como el que deseaba describir? Más tarde, durante sus años de miseria, ¿no había vivido también mucho tiempo en medio de los obreros, en la calle de la Pepinière, en Montrouge, en la calle de Saint-Jacques y en el bulevar del Montparnasse? Acordábase de haber asistido á escenas asombrosas de color y movimiento: sobre todo, á una muerte, y á festejos, y á comilonas alegres, y á francachelas. Pues bien; sacaría partido de todos esos recuerdos; su libro se-

ría una monografía completa de la vida del pueblo. Habría allí una boda y un entierro típicos; todas las edades, todas las variedades del trabajador, el laborioso y el borracho, el mozo honrado y el chulo de burdel.

Para presentar á algunos obreros en su trabajo, herramientas en mano, ya había tomado notas, yendo á visitar, antes de salir de París, una fragua, un taller de tirador de oro y un lavadero. Por último, para hacer hablar á los obreros, habíase engolfado también en un estudio preparatorio de lingüística; y hasta registrando el «Diccionario de la lengua franca» de Delvass, había descubierto su título: *L'Assommoir* (la taberna). Lo único que aún no tenía, y le traía á mal traer, era el drama del libro, es decir, el hilo en que ensartase esos diversos documentos, la fábula en torno de la cual actuasen sus notas y sus recuerdos. En una palabra, «aún no tenía asunto», y esta idea apagaba su entusiasmo; y de pronto nublábase su frente con la expresión inquieta del que busca una incógnita.

—¡Necesito una cosa sencillísima!— suspiraba.

Ante nosotros, hasta perderse de vista las olas al sol hacían bailar chis-

pas. Sobre nuestras cabezas extendíase el cielo, profundo y azul. Y como ninguna nube empañaba la atmósfera, allá, á lo lejos, entre mar y cielo, la línea del horizonte se redondeaba en una inmensa curva muy limpia.

—Mire V.—me dijo de pronto, señalándome con el dedo aquella línea del horizonte:—necesitaria encontrar algo como eso... una cosa sencillísima, una línea sin interrupción... El efecto sería quizá también muy grande...

Y añadió que se contentaría probablemente con la sencilla vida de una mujer del pueblo que hubiese tenido dos hijos de un amante, casada más tarde con otro hombre, buena al principio con él y animosa para el trabajo, llegando á establecerse de lavandera, y luego, á consecuencia de haberse dado á la embriaguez su marido, yendo á parar ella misma al desorden y á la miseria. Pero le faltaba el nudo, y no gritó el famoso ¡Eureka! sino cuando tuvo la idea de hacer que volviese Lantier á su antiguo hogar doméstico. *La Taberna* existía.

Tal fué la gestación de esta sétima novela de la serie, que debía indemnizarle del fracaso relativo de las seis anteriores. Escribir *La Taberna* le llevó más tiempo que las otras obras,

Sólo después de los dos primeros capítulos le ocurrió la feliz inspiración de emplear en el curso del relato, no, como dicen algunos, el caló especial de los ladrones y de las prostitutas, sino el lenguaje popular que todo el mundo comprende. Por consiguiente, había consultado los diccionarios de greguería, no tratando de formarse un idioma completo con ellos, sino queriendo sencillamente refrescar la memoria, elegir, de modo que no se le olvidase ninguno, los términos de que con mayor frecuencia hacían uso los obreros. Donde el autor toma la palabra, también él adopta atrevidamente aquella lengua de los personajes del libro: ¡libertad de estilo, que no es sino refinamiento de exactitud! ¡Nuevo procedimiento de la novela moderna, en que el escritor se oculta lo más posible, con el fin de no interponerse entre la intensidad del drama y la emoción inmediata del lector! Esa forma nueva, pintoresca, fué sin duda una de las causas de la prodigiosa fortuna de *La Taberna*. El novelista, á quien la popularidad no había mimado aún hasta entonces, no imaginaba, al escribir su libro, que iba á abrirse paso por la literatura como una bala de cañón. Sin embargo, hubo ciertos sín-

tomas precursores, significativos para un observador sagaz.

La Taberna comenzó á salir en folletín en *El Bien público*, diario democrático. Siendo Zola crítico teatral del mismo periódico, le vendió en diez mil francos el derecho de publicar *La Taberna* en folletín. Si los buenos demócratas habían creído á su crítico teatral capaz de escribir para ellos una obra de adulación populachera, susceptible de «hacer cosquillas» en los arrabales y servir de cebo al suscriptor republicano, no tardaron en conocer su error. La tirada no aumentó sensiblemente, al paso que los escasos suscritores se amoscaban. Como solía suceder al publicarse una novela de Zola en periódico, llovían cartas de lectores coléricos, iracundos; esta vez, sobre las acusaciones de inmoralidad se destacaba una acusación mucho más grave á los ojos de *El Bien público*: la de calumniar al pueblo é insultar al obrero. El desbordamiento de injurias adquirió tales proporciones, que el director del periódico se vió obligado á interrumpir á la mitad la publicación de un folletín que, me apresuro á decirlo en elogio suyo, tuvo la honradez de pagar por completo.

Catulo Mendés, que dirigía entonces

una revista literaria, *La República de las letras*, pidió á Zola que le dejase publicar la parte de la novela ante la cual había retrocedido el republicanismo de *El Bien público*. Fué idea óptima para *La República de las letras*, la cual no perdió los miles de francos que su director ofreció al novelista, pues fué durante algún tiempo revista muy leída y muy discutida. Aún no había aparecido en la librería *La Taberna*, y ya se hablaba mucho más de ella que de sus predecesoras. Agitaba la atmósfera un viento de discusiones apasionadas. Y recuerdo que por aquella época uno de mis amigos, Tony Révillon, que seguía con interés la novela en *La República de las letras*, me hizo la predicción siguiente:

—Diga V. á Zola que puede estar tranquilo: su libro se venderá como pan... *La Taberna* obtendrá un triunfo extraordinario.

El mismo Zola, inclinado á verlo todo negro, esperaba resultado feliz; pero sus más risueñas esperanzas no pasaban de cierto límite.

—Quedaría contentísimo—me decía—si llegase á la décima edición.

Después del éxito colosal, que excedió con mucho de sus previsiones, antes de ponerse en seguida á escribir

Nana, especie de contraste de *La Taberna* (obedeciendo siempre á la necesidad de variar), pensó que sería buena táctica poner entre dos obras de tono muy subido una nota de medias tintas, más dulce y más tranquila. Entre dos esfuerzos que se proponían igualmente mostrar con brío dos aspectos terribles de la sociedad, el autor de los *Rougon-Macquart* quiso descansar con un análisis íntimo, registrando un rincón de la humanidad que siente. Además, uno de sus antiguos planes era estudiar fisiológica y psicológicamente cómo se determina uno de esos fenómenos que se llaman *amor*, *pasión*. «Sería magnífico dedicar á tal problema un estudio sobrio, con dos ó tres personajes, de puro análisis», le había oído yo decir muchas veces. Tal era el pensamiento primitivo; pero, llegada la hora de ponerlo en vías de ejecución, otra antigua idea se apoderó de él á su vez—idea de los tiempos en que vivía en la calle nueva de San Esteban del Monte—hacer de Paris, visto desde una altura, una especie de ser viviente, mudo testigo de un drama, siempre presente, pero cambiando de aspecto, según los diversos estados de ánimo de los personajes. De esta idea artística, unida al proyecto de hacer el análisis

exacto de una pasión, nació *Una página de amor*.

Gran parte de este libro se escribió también en un verano, el de 1877, en la Estaque, pueblecito á orillas del Mediterráneo. cerca de Marsella. Esta vez no tuvo Zola que tomar notas, excepto para las descripciones de París, que le hicieron subir muchas veces al Trocadero. También había asistido á un baile de niños, para poder describir el que forma el cuadro de uno de los capítulos. Una cosa digna de mención es la división geométrica del libro: cinco partes, subdividida cada una de ellas en cinco capítulos. Y el último capítulo de cada parte es una gran descripción de París. «Una simetría de tablero de ajedrez»—decía, sonriéndose. Con paciencia, sin gran satisfacción artística, llenó una por una sus veinticinco casillas, no sintiendo escalofrío sino en los cinco capítulos en que hablaba de París. Ciertos gimnastas deben de padecer así la nostalgia del desnucadero: necesitan un trapecio sin red, muy alto, para poder trabajar con entusiasmo.

Con *Nana* se hallaba en su elemento el autor de los *Rougon-Macquart*: ¡en pleno desnucadero! Retratar de cuerpo entero á la prostituta moderna, pro-

ducto de nuestra civilización avanzada, agente destructor de las altas clases; escribir una página de la historia eternamente humana de la cortesana; mostrar en una especie de capilla ardiente, en el fondo de un tabernáculo, el sexo de la mujer, y alrededor un pueblo de hombres prosternados, arruinados, alelados ó embrutecidos: tal era su asunto. Asunto vasto, cuyas dificultades se agravaban para él por la circunstancia de haber cosechado bien pocas impresiones personales acerca de la galantería de alto copete. En sus años de miseria, Zola no se había codeado más que con el vicio bajo, el de los figones y cuartitos amueblados en casas de huéspedes. Más tarde, teniendo dinero á su disposición, pero absorto en su idea fija de la literatura, no saliendo nunca de su casa sino para andar aprisa, regresando á ella molido, á menudo rabioso contra la estupidez universal, y no sintiéndose feliz sino en el interior de su hogar doméstico, nuestro novelista no había penetrado en la sociedad de las actrices descocadas y de las muchachas de vida alegre. De suerte que, igual que pasa en *La Ralea*, *El Vientre de París* y *El Pecado del cura Mouret*, vióse precisado á ir á caza de informes, con el fin de

ver ciertos aspectos de la verdad y adivinar el resto. Conocía bien los bastidores de los teatros, porque había hecho representar ya tres obras. Desde tiempo antes había tomado notas acerca del movimiento escénico, los artistas, los figurantes, los maquinistas, las interioridades de escenario. Pero jamás había estado en el del teatro de Variedades, elegido por campo de su novela; y uno de nuestros autores dramáticos más parisienses, Ludovico Halévy, fué quien le sirvió de introductor. Pasaron allí juntos una función entera, mientras se representaba *Niniche*.

Un hombre de mundo, muy parisiense también y muy iniciado, á quien Zola había conocido en casa de Flaubert, almorzó en el Café Inglés, á solas con él, en un gabinete particular; y allí, después del café, en el mismo campo de batalla, el antiguo calavera, registrando sus recuerdos de alta galantería, se confesó con el novelista, y le contó lo que más ó menos había observado en todas ellas: cómo pasan el día, cómo se dejan querer en la mesa, sus aficiones de cotorra, su conducta con los criados, los acreedores, el señor que paga, la cuestión del amante de corazón, etc. Escuchaba el

novelista, tomaba notas y hacía nuevas preguntas. Algunos días después visitó en el bulevar Malesherbes el palacete de una de esas damas. Pudo verlo y anotar todo: la disposición de la sala, que comunicaba con un invernadero, el dormitorio, la importancia del tocador, hasta las cuadras, todo ello para describir con conocimiento de causa la mansión de Nana. En fin, él, que no va á ninguna parte, también se hizo invitar á una gran cena en casa de una cortesana. Y durante los meses de la gestación de *Nana*, no nos recibía á los amigos sin sacar la conversación acerca de las mujeres y sin apelar á nuestros recuerdos. Alguien le dió todos los detalles acerca de la famosa mesa redonda de la calle de los Mártires, donde los clientes «besan en la boca á la patrona» al entrar. Otro le contó la llegada á las cinco de la mañana, á una cena de muchachas, de varios caballeros con levita negra, muy alegres por la virtud del licor, y á quienes nadie conocía. Otro le dió el detalle de las botellas de *champagne* vertidas dentro del piano. Y Zola escuchaba todo, lo anotaba todo, se lo asimilaba todo. Es muy antigua la comparación de la abeja que elabora la miel con el jugo

de diversas flores. Pero eran verdaderas flores del vicio las que nosotros le llevábamos, ó recogía también él mismo á diestro y siniestro; en seguida hacía una severa selección, resistiéndose á menudo al atractivo de su belleza enfermiza, cuando no se ajustaban á la lógica del asunto; en una palabra, sin ceder á la imaginación, facultad peligrosa que Balzac llama con exactitud «causa de irregularidad y de extravío en la producción de las obras de arte».

Reunidos todos los materiales, elegidos después, asimilados, distribuidos metódicamente con arreglo á un plan—tarea que realizó en medio de la paz aldeana, en su vasto gabinete de trabajo de Médan, inaugurado en la primavera de 1879—Zola escribió con letras muy gordas en lo alto de una página *Nana*—título cuya brevedad y sencillez le encantaban—y comenzó el capítulo primero. La primera mitad de la obra fué compuesta en la soledad más profunda, no sin sentir cierto escalofrío interior algunas veces, al pensar que era preciso no hacerlo ahora peor que en *La Taberna*; en resumen, con pleno sosiego y perfecta salud literaria. Cada mes, en quince días de trabajo, hacía un capítulo de cuarenta

á cuarenta y cinco páginas; ocupábanle en los otros quince días la crónica de teatros en el *Voltaire* y su artículo de Rusia, escrito en una semana, más un corto viaje á París. De mes en mes iban amontonándose los capítulos, y bien pronto se encontró hecha casi la mitad de la obra. Todo marchaba á las mil maravillas, cuando acaeció una sensible circunstancia; menos sensible para la obra, que afortunadamente no desmereció, que para la salud física y moral del autor.

He aquí lo sucedido. Estábamos á fines de Setiembre. Desde unos cinco meses antes había entrado nuevo director en el *Voltaire*, con propósitos de aumentar la suscripción del periódico publicando *Nana* en folletín, con mucho bombo y platillos; propaganda universal. Por otro lado, en sus tiempos de escaseces y oscuridad relativa, Zola podía sin inconveniente alguno dejar que un periódico empezase la publicación de sus novelas, antes de haberlas terminado él. Un adelanto de algunos capítulos le bastaba para no dejarse alcanzar; y eso sin sacrificar nada á la premura, sin caer en la fabricación. Por tanto, esta vez, aunque no le apremiaba la necesidad de dinero, apremiándole el impaciente direc-

tor del periódico, creyó que debía acceder. Así, pues, el *Voltaire* anunció á *Nana* para el 15 de Octubre.

Pero Zola se dió cuenta de su imprudencia cuando ya era demasiado tarde para volverse atrás. El *Voltaire* se había entregado á un desate de publicidad, multiplicando los anuncios: en la prensa diaria, en las esquinas, en el pecho y la espalda de una legión de «emparedados» y hasta en la punta del tubo de goma donde se toma fuego en las expendedorías de tabacos: «¡*Leed Nana!* ¡¡*Nana!!* ¡¡¡*Nana!!!*» Y sólo estaba escrita la mitad de la novela. En el punto de su trabajo adonde había llegado el autor, no tenía aún certidumbre ninguna.

La obra lo mismo podía llegar á ser haches que erres. ¡Y estaba ya entregada como pasto á la multitud, devorada, discutida, aplaudida, y, sobre todo, ignominiosamente negada! Apenas apareció el primer folletín, cuando entablóse polémica en la prensa y hubo cronistas que, echándose las de críticos en serio, demostraban ya por A + B que la novela era un fiasco, un desastre, el acabóse. ¡Deplorables condiciones de trabajo para una complexión nerviosa! Por más que el novelista no se movía de Médan, dedicándose con más ahinco cada vez á su gran tarea,

todos los días llegaban periódicos y cartas para desesperarle y hacerle dudar de sí mismo y de su obra, produciéndole perturbadoras y dolorosas distracciones. Sentarse á su mesa de trabajo ante una cuartilla en blanco, y sentir que le estaban apuntando con los trabucos de la crónica y del noticierismo, no es plato de gusto, ni mucho menos. ¡Cuántas veces, al dar á luz la novena novela de la serie debió de recordar melancólico el gran sosiego con que trabajaba antaño, antes del triunfo! Hoy, ganaba mucho dinero, su nombre estaba en boca de todos; pero nuevas angustias hacían febril su producción, y no era dichoso ya.

El resultado material fué magnífico. De *Nana*, que apareció el 15 de Febrero de 1880, se tiraron de una vez cincuenta ediciones, es decir *cincuenta y cinco mil ejemplares*: hecho inaudito y creo que único en la librería francesa. Esos cincuenta y cinco mil volúmenes estaban todos ellos vendidos de antemano á los libreros de París, de provincias y del extranjero, muchos de los cuales habían hecho el pedido desde un año atrás. La prueba es que el mismo día de ponerse á la venta, Charpentier envió á su impresor la orden de tirar otras diez ediciones. Hoy, *Nana* ha

pasado bastante más allá de la centésima edición.

La Taberna, cuyo buen éxito material, menos instantáneo que el de *Nana*, fué también formidable, le anda cerca, diferenciándose sólo en algunos miles de ejemplares. Y las otras siete novelas de la serie, arrastradas por la acción de estas dos favoritas, vienen después diversamente escalonadas, las más atrevidas, las que contienen menos concesiones, delante, —llevadas todas por un impulso general. Literariamente, aún son muy discutidos los *Rougon-Macquart*, y desconocidas, negadas, disfrazadas las intenciones más claramente manifiestas del autor; pero material y comercialmente son un triunfo, indeciso largo tiempo, obtenido por una acumulación de esfuerzos, hoy definitivo.

PO
.M